



Artículo / Artigo / Article

Ruido para el Estado: autos de carrera y tortura sonora en la economía política del combustible fósil

Jacob Rekedal

Instituto de Música, Universidad Alberto Hurtado, Chile

jacob.rekedal@gmail.com

Resumen

La subjetividad se forja y también se destruye a través del sonido abrumador. En los estadios de las carreras de autos del circuito NASCAR, es emocionante presenciar el movimiento de poderosas máquinas sobre el asfalto a velocidades de hasta 290 kilómetros por hora. Esta experiencia se combina con sobrevuelos bajos de aviones de guerra, himnos religiosos y nacionales, y un paisaje sonoro dominado por generadores portátiles. Este escenario permite captar la relación entre deporte, nacionalismo y guerra que se manifiesta en los Estados Unidos. En base a una experiencia personal como espectador de las carreras de NASCAR, durante un feriado solemne dedicado a los caídos en batalla, propongo que ruido, sonido y música confluyen en la formación ritual de cierta complicidad con intervenciones militares en el Medio Oriente. Enfatizo el contraste entre la construcción de la subjetividad mediante deporte y ceremonia, y su destrucción mediante la tortura sonora, perfeccionada en las cárceles militares durante los últimos años. Mientras más se codicia el combustible, más se ritualiza su uso, en un proceso que cultiva la fascinación por los ruidos de motores y explosiones. Irónicamente, la música se ha convertido en herramienta de tortura, indicando nuevos acontecimientos en la relación entre ruido, música, subjetividad y guerra.

Palabras clave: nacionalismo, ritual, subjetividad, ruido, tortura

Ruído para o Estado: carros de corrida e tortura sonora na economia política do combustível fóssil

Resumo

A subjetividade pode ser forjada e também destruída através de sonoridades opressivas. Em estádios de circuitos de corridas de carros como o NASCAR, é emocionante testemunhar o



movimiento de máquinas poderosas a velocidades de até 290 quilômetros por hora. Combine essa experiência com baixos sobrevoos de aviões de guerra, hinos religiosos e nacionais, uma paisagem sonora dominada por geradores portáteis, e começa-se a compreender a união entre esporte, nacionalismo e guerra nos Estados Unidos. Baseado em experiência pessoal como espectador de corridas de NASCAR durante um feriado solene dedicado aos mortos em batalha, proponho que ruído, som e música convergem em uma formação ritual que apresenta cumplicidade particular com intervenções militares no Médio Oriente. Enfatizo o contraste entre a construção da subjetividade mediante esporte e cerimônia, e sua destruição pela tortura sonora, aperfeiçoada em prisões militares nos últimos anos. Quanto mais o combustível fóssil é cobiçado, mais é ritualizado o seu uso, em um processo que cultiva a fascinação com ruídos dos motores e explosões. Ironicamente, a música se tornou uma ferramenta de tortura, indicando novos desenvolvimentos na relação entre ruído, música, subjetividade e guerra.

Palavras-chave: nacionalismo, ritual, subjetividade, ruído, tortura

Noise in the Service of Nation: Race Cars and Sound Torture in the Fossil Fuel Political Economy

Abstract

Subjectivity is formed and also destroyed through overwhelming sound. In the stadiums of the NASCAR auto racing circuit, it is invigorating to witness powerful machines moving over asphalt at speeds of up to 290 kilometers per hour. Combine this experience with close flyovers by fighter planes, religious hymns and national(ist) anthem(s), and a soundscape dominated by gas-powered generators, and one begins to grasp the relationship between sports, nationalism and war in the United States. Based on a personal experience as a spectator at NASCAR races during a solemn national holiday dedicated to the fallen in battle, I propose here that noise, sound and music converge in the ritual formation of a particular complicity with military interventions in the Middle East. I emphasize the contrast between the construction of subjectivity through sports and ceremony, and its destruction through sound torture, perfected in military prisons in recent years. As fossil fuel is increasingly coveted, its use is increasingly ritualized, in a process that cultivates fascination with the noises of motors and explosions. Ironically, music has become a tool of torture, indicating new developments in the relationship between noise, music, subjectivity and war.

Keywords: Nationalism, ritual, subjectivity, noise, torture

Fecha de recepción / Data de recepção / Received: febrero 2017

Fecha de aceptación / Data de aceitação / Acceptance date: abril 2017

Fecha de publicación / Data de publicação / Release date: agosto 2017

Estruendo

Ocupé mi asiento en el estadio de la pista llamada *Lowe's Motor Speedway* en Concord, North Carolina, para ver la *Busch Series 300*, una de las principales carreras del circuito NASCAR¹, el cual agrupa las competencias automovilísticas más populares del país. Fue al anochecer de un sábado caluroso en 2007, durante la víspera de *Memorial Day*, la conmemoración anual de los fallecidos en batalla. Fue una ocasión clásica para ver un evento de deportes al aire libre. Nunca había asistido a una carrera del NASCAR y me sorprendió el hecho de que cada persona en la sección del estadio en la que me encontraba llevara auriculares de protección. Un grupo reducido de valientes llevaba solamente taponos y un grupo aún más pequeño – probablemente primerizos e ignorantes como yo– no llevábamos ninguna protección. En breve, los conductores arrancaron los motores e inmediatamente fue evidente la razón por la cual todo el mundo llevaba protección para los oídos: los *stock cars*, o autos de carrera, son inimaginablemente fuertes y excepcionalmente ruidosos para oír bajo circunstancias normales. Sufrí aproximadamente 190 kilómetros de un ruido ensordecedor, hasta que un amigo me prestó sus auriculares de protección, los cuales alteraron drásticamente la experiencia.

Se me ocurrió que el estruendo de estas espectaculares *machines* (o máquinas, según la jerga), haciendo círculos a velocidades de hasta 290 kilómetros por hora, es más que incidental. Durante la celebración de *Memorial Day*, y durante el clima geopolítico del momento, esta celebración estridente de la explosión de gasolina llevaba implicaciones para la subjetividad, el poder político, la ideología, el militarismo y el nacionalismo². Además, hay algo irónico en ponerse auriculares de protección, para celebrar el *Memorial Day* con el ruido poderoso de motores, en un estado parcialmente alterado. Al mismo tiempo, en lugares lejanos como la Bahía de Guantánamo y la Base Aérea de Bagram en Afganistán, las fuerzas militares de Estados Unidos usaban música y ruido a niveles intolerables, para romper la subjetividad de los cautivos durante la interrogación. Este ensayo compara estos dos escenarios, en base a mi propia experiencia con NASCAR y a los análisis de tortura sonora escritos por la musicóloga Suzanne Cusick. Enmarco la discusión en términos del poder ritual del ruido y la música, así como de la importancia del combustible fósil para las ideologías políticas características del capitalismo tardío, fundamentales para racionalizar la invasión de Irak por parte de Estados Unidos a partir de 2003³.

¹ NASCAR significa *National Association for Stock Car Auto Racing* (Asociación Nacional para las Carreras de Autos Stock).

² La antropóloga Sherry Ortner define subjetividad (*subjectivity*) como “las formaciones culturales y sociales que moldean, organizan y provocan modos de afecto, pensamiento, etc.” (“*cultural and social formations that shape, organize and provoke modes of affect, thought, and so on*”) (2006: 107). Reconozco que propongo aquí mi propia caracterización de una subjetividad particular de Estados Unidos, sin análisis etnográfico ni dialógico y sin hacer participar ninguna voz que no sea la propia. Más bien, me refiero a mis propias experiencias y reflexiones, así como a discursos bien conocidos en ámbitos públicos de los Estados Unidos. Un análisis más extenso tendría que tomar en cuenta también las voces de otros interlocutores.

³ El término “capitalismo tardío” que utilizo en este ensayo proviene principalmente de la extensa teorización que hace Fredric Jameson en *Postmodernism, or, the Cultural Logic of Late Capitalism* (1991). El trabajo de Jameson, por su parte, se alimenta de la teoría crítica de Adorno, Horkheimer, Habermas, Derrida, Baudrillard y otros.

El nuevo exotismo de la belicosidad estadounidense y la subjetividad de quien escribe

Considerando el relato inicial, me pregunto: ¿por qué sufrir el ruido de esta forma? Como etnomusicólogo, interesado en el rol del sonido y la música en la cultura, sentí que aguantar, e incluso disfrutar, de este tipo de experiencia sonora lleva implicaciones socioculturales amplias. La experiencia me pareció un momento ritual, en el cual se cruza la frontera entre una dimensión y otra, instancia que requiere algún tipo de consenso entre los asistentes. Pero no busco revelar ninguna conspiración entre los otros asistentes, como si yo fuera el único con los ojos (y oídos) realmente abiertos; no quiero ser tan pretencioso. Más bien, mido y describo lo que experimenté personalmente, y lo relaciono con los eventos geopolíticos de ese momento histórico y con algunas palabras aclaradoras de otros estudiosos y teóricos del sonido, el ruido y la violencia. Cabe decir que, a pesar de mis intereses etnomusicológicos, lo que ofrezco aquí no es una etnografía en términos típicos, sino algo que podría calificarse como un trozo de autoetnografía, siendo yo tanto autor como interlocutor.

La subjetividad e identificación con ceremonias y rituales son factores clave en la etnografía, en particular porque facilitan la percepción de unidades y brechas entre distintos sectores de la sociedad. Los contornos de estos sectores, así como sus ideologías, festividades y formas de amar, odiar, incluir y excluir, son temas centrales de la etnografía. Vuelvo a la pregunta: ¿por qué sufrir el ruido de esta forma? Quien ha asistido a un ritual con el cual no se identifica completamente, probablemente ha sentido incomodidades que modulan entre lo social y lo físico. Por ejemplo, alguien que abraza tanto la espiritualidad judeocristiana como los conceptos de justicia social promovidos por los movimientos sociales contemporáneos en distintos países de América Latina, posiblemente se ha sentido incómodo y hasta físicamente tenso, escuchando un discurso homofóbico en una reunión espiritual. En el presente caso, a mí me fascinan los deportes, pero me preocupan mucho el nacionalismo y la belicosidad que caracterizan el gasto y la búsqueda global de recursos como el petróleo por parte de los Estados Unidos.

A la vez, al momento de sentir el estruendo del NASCAR por primera vez, me di cuenta de mi propia ignorancia: fui invitado a las carreras con un grupo de amigos, pero ni siquiera me preocupé de leer un poco en internet sobre las novedades del deporte, ni tampoco las mejores formas de experimentarlo. Por querer identificarme con una clase intelectual, que realiza cursos de posgrado y se dedica a escudriñar la sociedad estadounidense en lugar de identificarse con ella, me quedé, digamos, mal vestido para la fiesta. Por ende, mi sorpresa al escuchar el ruido de motores demostró tanto mi propio analfabetismo cultural, como los otros puntos que expongo en este ensayo. Sin embargo, ese choque, independiente de sus causas, también reveló para mí una brecha notable, digna de ser explorada.

¿Por qué estudiar tal brecha? Se puede tomar como herencia de la lingüística y la antropología estructuralistas, el escrutinio de contrastes y oposiciones binarias. Desde el nivel del lenguaje y la sintaxis, hasta las grandes normas de inclusión y exclusión en la sociedad, tales dualidades históricamente son piedras angulares del análisis. Dicho de otra forma, para saber lo que *es*, hay que saber lo que *no es*; para distinguir lo propio, hay que también distinguir lo ajeno, etc. Hoy en día, el enfoque dualista del estructuralismo se mira un poco más de lejos, gracias a los complejos intersticios socioculturales tratados por dos o tres generaciones de postestructuralistas

y posmodernistas. Sin embargo, de repente nos encontramos con tal sensación de no pertenencia, que incluso duele un poco, y aprendemos algo contemplando la brecha. Ahora, se podría decir que las relaciones asimétricas de poder, características de la etnografía clásica, están aquí invertidas, ya que describo fenómenos ocurriendo en el corazón de lo que para mí siempre ha sido la metrópoli, el crisol de Estados Unidos, y lo transmito desde las lejanías de Sudamérica. Si los describo con algo de exotismo, que el lector lo tome como un ejercicio para contemplar los grandes cambios epistemológicos que hemos presenciado en el último par de generaciones; y que sea esta relación más frecuentemente invertida.

Explosión concentrada

La experiencia de presenciar una carrera del NASCAR y sentir su ruido ensordecedor, motiva una meditación en cuanto al ritual, la política y la subjetividad⁴. En su clásico libro *Ruidos: ensayo sobre la economía política de la música*, Jacques Attali sugiere que el ruido es fundamentalmente violento y que su ordenamiento, a través de la música, por ejemplo, es asunto de control y poder. Según el autor:

[E]l ruido ha sido siempre resentido como destrucción, desorden, suciedad, contaminación, agresión contra el código que estructura los mensajes. Remite por lo tanto, en todas las culturas, a la idea de arma, de blasfemia, de calamidad [...]

En su realidad biológica, el ruido es un medio de hacer daño [...] Disminución de las capacidades intelectuales, aceleración respiratoria y cardíaca, hipertensión, disminución de la velocidad digestiva, neurosis, alteración de la elocución, ritman las consecuencias de un ambiente sonoro excesivo [...]

Amenaza de muerte, el ruido es pues un envite para el poder que lo monopoliza, puesto que basa su legitimidad en el temor que inspira, en su capacidad de crear orden social en su monopolio unívoco de la violencia (1995 [1977]: 44-45)⁵.

Attali también atribuye a la música una función ritual, como el mecanismo que ordena el

⁴ Defino ritual como un acto o un conjunto de comportamientos que sirve para consagrar simbólicamente los ordenes sociales, económicos, espirituales e ideológicos de sus participantes, y sin el cual tales sistemas no pueden funcionar de forma completa. Desde el funcionalismo estructural que predominaba en la antropología hasta mediados del siglo veinte (resumido, por ejemplo, en Geertz 1973 [1964]), hasta las nuevas teorías del ritual, resistencia y *performance*, se ha valorado cada vez más un concepto dinámico e incluso laico del ritual. Entre otros autores, Néstor García Canclini (2001 [1990]: 184-185) aporta una discusión puntual de la aplicación contemporánea del concepto de ritual en la sociedad civil, basada en su lectura de Pierre Bourdieu (1982).

⁵ De la sociología se alimenta el concepto de monopolio en el texto de Attali. El sociólogo judío-alemán Norbert Elias escribió hace varias décadas: “La sociedad de lo que denominamos la edad moderna se caracteriza, sobre todo en Occidente, por cierto nivel de monopolización. El uso libre de armas militares es negado al individuo y reservado para una autoridad central, de la manera que sea, y de la misma manera el impuesto de la propiedad o el ingreso económico de los individuos se concentra en manos de una autoridad social central. Los medios financieros así canalizados hacia esta autoridad central mantienen su monopolio de fuerza militar, mientras este último mantiene el monopolio del impuesto económico [...] Si uno desaparece el otro automáticamente sigue [...]” (“*The society of what we call the modern age is characterized, above all in the West, by a certain level of monopolization. Free use of military weapons is denied the individual and reserved to a central authority of whatever kind, and likewise the taxation of the property or income of individuals is concentrated in the hands of a central social authority. The financial means thus flowing into this central authority maintain its monopoly of military force, while this in turn maintains the monopoly of taxation [...] If one disappears the other automatically follows [...]*”) (1982 [1939]: 104; ver también Weber 1968, Turner 2008 [1984]: 2).

ruido, convirtiéndolo a este en algo más deseable, o por lo menos algo con un poder más refinado (1995 [1977]: 44-45). Respecto a la subjetividad y al poder político, Attali postula que, “[T]oda organización de sonidos es pues un instrumento para crear o consolidar una comunidad, una totalidad; es lazo de unión entre un poder y sus súbditos [...]” (1995 [1977]: 16).

Propongo, en base a la conceptualización que Attali hace de la música como “canalización” ritual de violencia sonora, un análisis de la canalización de la violencia y el ruido en la carrera de autos. En este caso, el fenómeno canalizado es físicamente violento: la explosión potente de gasolina de alto octanaje. La cantidad de combustible que se explota durante un fin de semana de carreras debe ser asombrosa. Además de los motores atronadores de los autos de carrera, la *Lowe’s Motor Speedway* tiene una capacidad de aproximadamente 150.000 espectadores y todos llegan en algún tipo de vehículo (no recuerdo haber visto ningún auto híbrido ni eléctrico). Sin embargo, cada instancia de explosión, aunque sea violenta y cacofónica, ocurre dentro de una maquinaria bien afinada. Más aún, las máquinas explotando la mayoría del combustible –los autos de carrera–, viajan en una pista circular y predecible. Es cierto que la destreza y las luchas internas de los conductores, entre múltiples otros factores, producen resultados sorprendentes; pero aún así, la totalidad de las posibilidades permanece dentro de la vista del espectador. Desde su ubicación, uno no sabe exactamente qué hará cada conductor, pero sin duda sabe dónde está cada auto. Así, el espectador no siente ansiedad por la amenaza de que ocurran explosiones en lugares inesperados, en momentos inesperados. En todo sentido de la palabra, el fenómeno está *canalizado*.

Manteniendo en mente el prolongado y trágico involucramiento estadounidense en el Medio Oriente (igualmente terrorífico en 2007, cuando fui a las carreras) y la dependencia problemática del país respecto del combustible fósil, esta canalización del ruido y la violencia de explosiones se relaciona directamente con la subjetividad. NASCAR, una iniciativa de escala enorme, sin duda beneficia la “interpenetración de gobierno y grandes empresas”⁶ que Fredric Jameson (1991: xviii) señala como atributo principal del capitalismo tardío. A la vez, da la impresión de que estas carreras movilizan la misma infraestructura que las expediciones militares, las cuales han sido muchas veces motivadas por la búsqueda de petróleo. LA intervención militar, en cambio, tiene una particular relación simbólica con NASCAR en la que ambas instancias se benefician mutuamente. Tomando como referencia el lenguaje nacionalista del entonces presidente George W. Bush, NASCAR ofrece a los habitantes del *homeland* la emoción del combustible, el poder y, como mostraré a continuación, el militarismo⁷.

Además, considerando la propuesta de Attali, la concentración de la explosión de combustible, bajo control en estanques y motores, apoya la idea de que tanto el combustible como las explosiones –sean de gasolina o de balas y bombas– están bajo el control estadounidense (las guerras en Irak siempre han incorporado un bombardeo de discurso oficial en EE.UU., afirmando que todo está bajo control). NASCAR trae orden a estos acontecimientos violentos, haciéndoles

⁶ “*Interpenetration of government and big business*” (Jameson 1991: xviii).

⁷ Bush empezó a usar concertadamente el término *homeland* (que se traduce aproximadamente como patria) después de los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001. Durante el mismo período se inauguró el *Department of Homeland Security* (Departamento de Seguridad de la Patria), con alcance a nivel nacional.

no solamente aguantables, sino emocionantes y entretenidos. Para referir a las palabras de Attali una vez más, tanto las carreras como los discursos oficialistas sirven para “reafirmar [...] el posible retorno al ejercicio por parte de los espectadores [...] de la violencia esencial” (1995 [1977]: 46). El evento de NASCAR me hizo pensar que, para cierta subjetividad idiosincrática de Estados Unidos, la sensación de control permite el gusto por la guerra y la gasolina.

Ceremonia

Cuando llegué al lugar de realización de las carreras, la noche de un viernes (el día anterior al comienzo de las mismas), fui caminando por los vastos campos designados para los alojados y sus vehículos e instalé mi carpa –una pequeña burbuja de nylon en un paisaje de camiones y tremendas casas rodantes. Cansado por el viaje, dormí una breve siesta, la cual fue interrumpida varias veces por el zumbido de los generadores de los vehículos. Pronto, el zumbido fue ahogado por una cadena constante de avionetas tirando anuncios. Después de las avionetas vinieron dos enormes dirigibles con inmensas pantallas proyectando anuncios de la televisión, percibidos con claridad desde abajo. El día sábado, al mediodía, los autos de competencia empezaron a concursar para determinar sus posiciones en las carreras (que iban a empezar más tarde), produciendo un estruendo que reverberó fuertemente en mi carpa, la cual se encontraba a casi un kilómetro del estadio. Más casas rodantes llegaron y el paisaje se saturó de grandes vehículos, generadores, toldos plegables y quinchos portátiles. El sábado también llegaron las naves de guerra: helicópteros *Apache* y *Blackhawk* (que representan “el estado de arte” de la guerra) acompañados por su propia variedad de estruendo. Muchos autos proyectaron música envasada y el evento devino en una especie de carnaval (no en el sentido católico) con un paisaje sonoro dominado por el ruido de motores.

El domingo hubo una carrera de gran importancia: la *Coca Cola 600*, una de las más largas y más importantes de todo el circuito NASCAR. En medio del calor de la tarde se iniciaron las ceremonias de apertura: se interpretó el himno “*Amazing Grace*” (Sublime Gracia) con gaitas escocesas; todos nos pusimos de pie para honrar muy respetuosamente a un grupo de soldados recién llegados de Irak con lesiones; se reconoció el esfuerzo de la guerra en general con una salva de veintiún rifles; la estrella de música country LeAnne Rimes interpretó el himno nacional; aviones de guerra (los *F-18 Hornets*) realizaron un sobrevuelo muy cerca del estadio, haciendo inaudible el final del himno; y el Senador John McCain (proponente notorio de las expediciones militares) hizo un *cameo* para ondear la bandera marcando el inicio de la carrera, mientras el estadio entero gritó, “*Gentlemen, start your engines!*” (“¡Caballeros, arranquen sus motores!”).

Me encontré inmerso en una utopía militarista y nacionalista de poderosas máquinas de guerra y carrera. Pero, ¿qué logra esta construcción de utopía? Sugiero interpretar el escenario como producción cultural, como montaje performático de los materiales del imperio. La celebración pareció no dar cuenta de sus propias contradicciones: simultáneamente honramos a los soldados lesionados y gastamos cantidades extravagantes del mismo combustible que provocaba la guerra. Nos deleitamos con la adrenalina inducida por los aviones de guerra, en lugar de contemplar la tragedia de las víctimas. Todo remite a lo que Slavoj Žižek describe como la “tentación totalitaria” de abolir, superar, ignorar o negar la “negatividad radical” de la condición

humana (1999 [1989]: 5). De hecho, los tonos bélicos de motores produjeron una resonancia dichosa, como para afirmar la fe en la empresa de la guerra y en el petróleo.

Entre los aspectos más interesantes de esta utopía efímera, estuvo justamente la carencia de un claro programa ideológico, en términos específicos de los debates políticos del día. Jacques Derrida (1994: 127) y Fredric Jameson (1991: 51) han argumentado convincentemente con respecto a que el capitalismo tardío –caracterizado, como ya establecido, por la “interpenetración de gobierno y grandes empresas”, así como por la reorganización del poder político según rubros financieros en lugar de ideológicos– ha desplazado la ideología política en las agendas de muchos gobiernos. De la misma forma, la ceremonia y la parafernalia militares en esta ocasión resultaron no del fascismo, ni del comunismo, etc., sino de la relación entre la demanda entusiasta por el combustible entre la población de un país grande, y la capacidad de su mismo país de encontrarlo y traerlo a casa.

El sonido y la subjetividad del adversario

La subjetividad se forja y también se destruye a través del sonido abrumador. En las carreras del NASCAR la sensación dichosa que resulta del coro de motores es capaz de unir a los espectadores y fortalecer el ejercicio de los rituales ya descritos. Uno se llena de un orgullo que proviene de la capacidad de mover poderosas máquinas sobre asfalto a velocidades de hasta 290 kilómetros por hora y del estruendo de los aviones de guerra encargados de iniciar la muestra. Pero más importante aún es el hecho de que los autos, así como los aviones, son máquinas de control. El espectador (me incluyo) entiende que son armas mortales y siente una combinación de comodidad y orgullo al saber que no le harán daño.

Sin embargo, en otros contextos, la subjetividad es desmantelada a través del sonido. Que la tortura desmiembra a sus víctimas psicológicamente y daña a sus comunidades a través del terror y la intimidación, no es idea novedosa (Salimovich et al. 1992: 79). Más aún, cuando se declara un estado de guerra, o de “excepción”, típicamente se niega al encarcelado el tratamiento estipulado bajo las leyes y normas internacionales (Turner 2008 [1984]: 3). Es decir, se suspenden los códigos éticos de la modernidad y se obliga a que el sujeto soporte un castigo especial, justificado por su ofensa hacia la soberanía del Estado que ahora le tiene preso (Agamben 1998: 17; ver también Foucault 1977 [1975]). Algo curioso es la declaración frecuente de tal estado de excepción por parte de Estados Unidos, fuera de sus propios límites geográficos. Que esta circunstancia demuestra la máxima autoridad del estado soberano, como aspecto de la modernidad, es asunto para explorar en otro contexto. Por ahora, es importante tomar en cuenta que este orden de poder es un factor que permite que se esquiven ingeniosamente las convenciones internacionales de derechos humanos.

Suzanne Cusick ha llamado la atención sobre el uso de la tortura mediante el sonido por parte de los Estados Unidos, como herramienta de interrogación en la última serie de guerras. Una característica importante de la tortura sonora es que logra el mismo grado de trauma psicológico que los golpes directos al cuerpo, las descargas eléctricas, etc. De esta forma, el sonido constituye un instrumento clave para la tortura en esta época de conciencia universal sobre los derechos humanos; el ruido no deja ninguna cicatriz visible para incriminar al torturador, a pesar de que sin

duda hace daño.

Cusick ha recopilado testimonios orales y escritos sobre la tortura sonora a partir de la guerra que empezó en 2003; de hecho, algunos cautivos han publicado relatos de sus experiencias. Las típicas agresiones sensoriales y la llamada tortura “*no-touch*” (sin tocar), incluyen: reproducir “música ensordecedora” hacia un cautivo que está encadenado en una “posición de estrés”, en un espacio completamente oscuro, hecho incómodamente caliente o frío” (2006: 4)⁸; dejar a un cautivo por largos períodos en un cuarto oscuro con una luz estroboscópica y la música heavy metal a volúmenes altos (2008: 9); encadenar al cautivo a la pared, “privado de agua para beber y mantenido en oscuridad total, con rap o metal pulsando durante semanas sin parar” (2008: 2)⁹; colocar al cautivo desnudo en un oscuro y reducido cuarto hecho de tableros contrachapados, con música fuerte durante algunos días (2008: 6-7); usar música pop de países occidentales para contrariar a un musulmán devoto (2008: 11-14). Citando un estudio de los *National Security Archives* (Archivos de la Seguridad Nacional) de Estados Unidos, Cusick agrega: “el efecto es parecido al que ocurre si [el cautivo] es golpeado, hambreado o privado de sueño” (2006: 4)¹⁰.

Estas situaciones de tortura sonora alteran la misma subjetividad de la persona de una forma inversa a lo que ocurre en las carreras de autos y su ceremonia. En el evento del NASCAR, los espectadores se encuentran con los aviones de guerra, las explosiones de combustible y la música a niveles extremos. La violencia no es reducida, sino que canalizada, dirigida de una forma que inspira temor, admiración y lealtad. En contraste, en las situaciones de tortura, la incertidumbre y la falta de control sobre la situación hacen más dañinos los efectos para la subjetividad de la víctima. Cusick cita a un cautivo que ella misma entrevistó:

A veces [la música] paraba, cerca de las tres de la mañana, pero tu capacidad de dormir ya había sido perturbada [...] Lo otro que hacían era poner la música en distintos momentos [...] el aspecto impredecible de cuándo iba a empezar o terminar era frustrante, porque te dejaba cansado, agitado, enojado, encima de todas las otras situaciones [...] (2008: 7)¹¹.

Cusick también toma en cuenta el carácter abierto del protocolo de la tortura sonora, que ha dejado muchas de las decisiones al respecto en manos de sus ejecutores (2008: 14-16):

[...] EE.UU. ha entregado los cautivos en manos de sus propios soldados, para que los soldados les dirijan sus preferencias de músicas vinculadas con las masculinidades de la clase obrera [como heavy metal], para así canalizar su rabia sobre las fuerzas económicas y políticas que los convierten –junto con sus cautivos– en seres humanos cuyas vidas el Estado permite

⁸ “*Deafening music*” [...] “*‘stress position’, in a pitch-black space made uncomfortably hot or cold*” (Cusick 2006: 4).

⁹ “*Deprived of food and drinking water, and kept in total darkness with loud rap or heavy metal blaring for weeks at a time*” (Cusick 2008: 2).

¹⁰ “*The effect is much like that which occurs if [the prisoner] is beaten, starved or deprived of sleep*” (Cusick 2006: 4).

¹¹ “*Sometimes [the music] would stop at 3 am or so, but your ability to sleep was already disturbed [...] The other thing that they did was play the music at various times [...] the random aspect of when it would start or end was frustrating, making you tired, agitated, upset, on top of all the other situations [...]*” (Cusick 2008: 7)

que sean eliminadas con impunidad (2006: 10)¹².

Conclusión: tortura y ruido en el capitalismo tardío y la posmodernidad

Entre muchos otros factores contemporáneos, el uso del sonido como arma y herramienta de tortura demuestra claramente que la guerra moderna ha cambiado. En su libro titulado *Postmodern War: the New Politics of Conflict* (Guerra posmoderna: la nueva política de conflicto), Chris Hables Gray sugiere que:

Las fuerzas militares de EE.UU. han buscado por años [...] la manera de hacer las guerras en el extranjero más tolerables para sus ciudadanos, quienes siguen negando la realidad de que son miembros del Estado imperial más poderoso de toda la historia (1997: 42)¹³.

El imperialismo ideológico de la época de la guerra fría, como Cusick y otros han señalado, producía tácticas para la recolección de inteligencia y contrainsurgencia designadas a destruir a los combatientes enemigos, tanto física como psicológicamente (2008: 3-5). Una violencia cultural especial acompaña estas tácticas cuando la música se convierte en la herramienta de tortura; y ciertamente, el imperialismo cultural asume una nueva e inquietante dimensión en los sistemas de sufrimiento regidos por las colecciones digitales de música de los soldados.

Igualmente llamativo es el papel del combustible en los procesos por los cuales las explosiones controladas, en Estados Unidos (por ejemplo, en las carreras de autos) crean el sentido de utopía, mientras también facilitan la reproducción de música en campamentos secretos y no-oficiales de detención. Según Suzanne Cusick:

[...] como las luces y el sistema de aire acondicionado, encendidos constantemente durante las veinticuatro horas, la ‘loud music’ (música fuerte) [en los campamentos] depende directamente del acceso de las fuerzas estadounidenses a fuentes de electricidad [...] es decir, depende del petróleo utilizado para hacer funcionar los generadores de nuestros campamentos. Cada sonido amplificado en estos campamentos, y por ende cada instante de música, es la transformación por parte de los Estados Unidos, de la energía del petróleo del Medio Oriente en energía violenta y violadora dirigida directamente a las personas cuya tierra rindió ese aceite [...] (2008: 18)¹⁴.

Este “particularmente cruel desperdicio” quizás recuerde a los estadounidenses nuestro “derecho auto-otorgado [...] de utilizar los recursos energéticos de otros países para facilitar una

¹² “[...] *the US has given the detainees [...] over to its own soldiers as scapegoats, toward whom their choice of music linked to working-class masculinities [such as heavy metal] can channel their rage at the economic and political forces that make them—like their captives—human beings that the state allows to be killed with impunity*” (Cusick 2006: 10).

¹³ “*The U.S. military has been striving for years [...] to make foreign wars more palatable to the American people, who still refuse to admit to themselves that they are citizens of history’s most powerful imperial state*” (Hables Gray 1997: 42).

¹⁴ “[...] *like the twenty-four hour lights and the constant air-conditioning, the ‘loud music’ [of interrogation] depends directly on the US forces’ access to electrical power [...] that is, on the oil used to power our camps’ generators. Every amplified sound in these camps, and therefore every bit of music, is the United States’ transformation of the energy in Middle Eastern oil into violent, violating sonic energy aimed directly at the people whose land yielded that oil [...]*” (Cusick 2008: 18).

vida que nosotros mismos no podemos sostener” (2008: 18).¹⁵ Sin duda, el uso recreativo de los autos de carrera y los aviones de guerra, sumado a la proliferación de autos de tamaño enorme y la negación en general del transporte público, indican una condición cultural que depende de las incursiones militares motivadas por el petróleo; y esas incursiones dependen de la proliferación de esta condición cultural y sus asociados rituales.

El uso de las armas y las explosiones como producción cultural en los Estados Unidos y el uso de producción cultural como armas en campamentos de detención, señala cierta inversión posmoderna de los signos y los referentes. Mientras el combustible es cada vez más codiciado, su uso es cada vez más ritualizado. Como el ruido, la naturaleza fuerte y explosiva del combustible es canalizada para “crear orden social” de maneras encantadoras y espectaculares. Los aparatos entrelazados del gobierno y las grandes empresas transforman la violencia de la gasolina en una experiencia eufórica en la *homeland* de los Estados Unidos. Sucesivamente, mediante la tortura sonora, el ruido se canaliza en forma de música, de nuevo dirigida como violencia en el tratamiento de presos en campos de detención. En ambos casos, la subjetividad es sobrecargada y transformada por el ruido violento, al servicio del Estado.

Bibliografía

- Agamben, Giorgio. 1998. *Homo Sacer: Sovereign Power and Bare Life*. Stanford: Stanford University Press.
- Attali, Jacques. 1995 [1977]. *Ruidos: ensayo sobre la economía política de la música*. Madrid: Siglo Veintiuno.
- Bourdieu, Pierre. 1982. “Les rites comme actes d’institution”. *Actes de la recherche en sciences sociale* 43: 58-63.
- Cusick, Suzanne G. 2006. “Music as Torture/Music as Weapon”. *Revista transcultural de música /Transcultural Music Review* 10. http://www.sibetrans.com/trans/trans10/cusick_eng.htm [consulta: 18 abril 2007].
- . 2008. “‘You are in a Place that is out of the World...’: Music in the Detention Camps of the ‘Global War on Terror’”. *Journal of the Society for American Music* 2 (1): 1-26.
- Derrida, Jacques. 1994. *Specters of Marx: the State of the Debt, the Work of Mourning, and the New International*. New York: Routledge.
- Elias, Norbert. 1982 [1939]. *The Civilizing Process, vol. 2: Power and Civility*. New York: Pantheon Books.
- Foucault, Michel. 1977 [1975]. *Discipline & Punish: the Birth of the Prison System*. New York: Vintage Books.
- García Canclini, Néstor. 2001 [1990]. *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Buenos Aires: Paidós.
- Geertz, Clifford. 1973 [1964]. *The Interpretation of Cultures: Selected Essays*. New York: Basic Books.

¹⁵ “[...] particularly cruel squandering” [...] “self-arrogated right [...] to use the energy resources of other nations as fuel for a way of life we cannot ourselves sustain” (Cusick 2008: 18).

- Hables Gray, Chris. 1997. *Postmodern War: the New Politics of Conflict*. New York: The Guilford Press.
- Jameson, Fredric. 1991. *Postmodernism, or the Cultural Logic of Late Capitalism*. Durham, NC: Duke University Press.
- Ortner, Sherry. 2006. *Anthropology and Social Theory: Culture, Power, and the Acting Subject*. Durham: Duke University Press.
- Salimovich, Sofia, Elizabeth Lira y Eugenia Weinstein. 1992. "Victims of Fear: The Social Psychology of Repression". En Corradi, Juan E., Patricia Weiss Fagen y Manuel Antonio Garretón (eds.), *Fear at the Edge: State Terror and Resistance in Latin America*, pp.72-89. Los Angeles: University of California Press
- Turner, Brian S. 2008 [1984]. *The Body and Society: Explorations in Social Theory*. London: Sage.
- Weber, Max. 1968. *Economy and Society: an Outline of Interpretive Sociology*. New York: Bedminster Press.
- Žižek, Slavoj. 1999 [1989]. *The Sublime Object of Ideology*. London: Verso.



Biografía / Biografia / Biography

Jacob Rekedal es profesor visitante de etnomusicología en el Magíster en Musicología Latinoamericana de la Universidad Alberto Hurtado (Chile). Obtuvo el Ph.D. en Etnomusicología de la Universidad de California, Riverside (EE.UU.), y grados de magíster en Educación y Música. Vive en el sur de Chile, donde ha realizado investigaciones desde 2009, con apoyo de la Universidad de California, Fulbright, y el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes de Chile. Sus intereses como músico e investigador incluyen músicas folklóricas, populares e indígenas de Norteamérica y Sudamérica. Desde 2015, ha sido representante de Chile al International Council for Traditional Music (ICTM).

Cómo citar / Como citar / How to cite

Rekedal, Jacob. 2017. "Ruido para el Estado: autos de carrera y tortura sonora en la economía política del combustible fósil". *El oído pensante* 5 (2). <http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/oidopensante> [Consulta: FECHA].